

Edgardo Cozarinsky
DARK



Un escritor en su madurez hace repaso a un Buenos Aires que ya no existe y a una serie de personajes que desempeñaron un papel determinante en su vida. Sus recuerdos son desordenados: vagabundeos por el Bajo porteño de los años 50, donde el joven busca la pista del mundo lleno de aventuras extraídas de sus lecturas y trata de hallarlas en imágenes de bares de mala muerte. En una escapada nocturna se acerca a un club de tango, donde un hombre mayor se interesa por él y le da conversación. El joven le da un nombre falso e inicia una doble vida entre la de su casa y su asistencia al colegio y los encuentros con Andrés. Lo que intriga es el porqué del interés de Andrés por Víctor, ya que todo parece apuntar a una relación homosexual y no es así, a pesar de las ambigüedades de algunas situaciones.

DARK

Edgardo Cozarinsky

1

Empieza, siempre, en las sienes, una palpitación casi imperceptible al principio, y en el momento preciso en que la reconoce, ese latido empieza a crecer hasta que siente que la cabeza le va a estallar y la vista se le nubla y la distancia entre él y los objetos que lo rodean vacila y el brazo que extiende hacia el teléfono tarda en llegar y el número del servicio médico de urgencia no aparece en la lista que sin embargo sabe que ha incorporado a la memoria del teléfono. Pero no es solo la cabeza. El pecho replica el palpar de las sienes, el tórax se estrecha y las costillas oprimen algo que solo se le ocurre llamar corazón, no puede respirar y por la boca abierta no entra el aire. Sale a la puerta de calle, impulso que a la mañana siguiente le parecerá ridículo, no quería que lo encontrasen muerto cuando derribaran la puerta días después de no verlo, y está sentado en el umbral ante la vereda cuando llega el médico, es decir que finalmente logró dar con el número de teléfono que parecía inhallable, y pudo hablar para pedir auxilio, y en ese instante recuerda que en otras ocasiones el electrocardiograma nunca detecta huella de infarto, ni siquiera de preinfarto, y que solo meses más tarde, cuando se resigna a seguir la indicación de su médico a no volver a llamar al servicio de urgencia que solo atina a darle un somnífero tan fuerte que lo deja estúpido parte del día siguiente, solo entonces oír hablar de ataque de pánico al aceptar ponerse en manos de otro médico cuya especialidad siempre le infundió desconfianza, psicólogo,

psicoanalista, psiquiatra, cómo confiarle su alma a alguien que no haya leído a Dostoievski o a san Agustín, pero acepta de todos modos obedecer a su dictamen y someterse a un psicofármaco que muy pronto abandonará para buscar y hallar remedio en las palabras, más bien en el hecho de escribirlas apenas se anuncia la crisis, de ponerlas en cierto orden. Acude al cuaderno o a la pantalla y escribe algo que uno o dos días más tarde podrá parecerle desechable, o al contrario, lo sorprenderá revelándole que ha descendido a una oscuridad relegada, y comprueba no sin vergüenza que había elegido suprimirla, que nunca se habría atrevido a convocarla fuera de esas noches de espanto, en ese estado que otros llaman de normalidad y él ya ha entendido que es la solapada censura a la que ha cedido su vida cotidiana.

2

Tantos años más tarde, el escritor seguía buscando rastros del fumadero de opio de la Isla Maciel. Noticias de policía en diarios viejos, libros de memorias, anecdotarios de médicos, de gente de teatro, de baquianos de la noche... Menciones fugaces, de segunda mano, instaladas en los hospitalarios estantes de la leyenda por los mismos cronistas que las recogían.

De los prostíbulos de ese barrio, unas pocas manzanas de Avellaneda que nada tienen de isla, a menos que por isla entendamos el aislamiento, menos urbano que moralizante que puso distancia entre la Avellaneda industrial, decente, y un «distrito de luces rojas» en el extremo del puente transbordador que une la Boca a esa ciudad vecina de Buenos Aires –de los prostíbulos de la Isla, sabía, se ha encargado la leyenda–. Pero en tiempos de auge del tráfico marítimo, cuando todo «el bajo» porteño, desde Retiro hasta el Riachuelo, estaba dedicado a la «mala vida», hay quienes sostienen que en la Boca, otros dicen en la Isla Maciel, dos fumaderos de opio permitían el recreo de tripulaciones orientales y la curiosidad de algunos niños bien. En la Isla Maciel estaba, por cierto, El Farol Colorado, descrito por Manuel Gálvez en su novela *Historia de arrabal*, escenario de frecuentes trifulcas entre marineros enardecidos por el alcohol y las «vistas» pornográficas.

Imaginaba a esos vástagos de familias tradicionales, ya que de las que merecerían legítimamente llamarse patricias pocas conocieron la fortuna de los que iban a ser te-

rratenientes gracias a la Conquista del Desierto, culminando como quiere el tango una noche de farra, *cabaret* y cocaína, con una incursión al *wrong side of the tracks*, con un *walk on the wild side* (¿por qué faltan en el castellano argentino estas denominaciones evocadoras, coloridas?), impacientes por *s'encanailler*, *to go slumming*, cruzando las aguas residuales, apestosas del Riachuelo en una barca a remos conducida con sonrisa irónica, silencio cargado de sobrentendidos, por un piloto que más tarde recordaría cómo esos muchachos vestidos de esmoquin, tan bullangueros, que reían y hacían bromas durante el trayecto de ida, iban a volver pocas horas más tarde, ya alto el sol de la mañana, cabizbajos, callados, somnolientos, envueltos en un perfume dulzón, delator.

Es, desde luego, cierto impulso literario lo que lo guía. Lo guiaba ya en la adolescencia, antes de haber leído a De Quincey, a Cocteau, lejos de las sustancias plebeyas que hoy consumen los contemporáneos de su vejez: es el hálito de un tiempo ido lo que despertaba aquella curiosidad, que vacilaría en llamar aristocratizante aunque no hubiese podido imaginar, desde el Buenos Aires de mitad del siglo pasado, un presente de accesibles dealers, de drogas de diseño químico.

De esos fumaderos ha hallado unas pocas menciones, fugaces, contradictorias, teñidas por la imaginación novelesca. Para otra imaginación novelesca, la del adolescente que en mitad del siglo XX, en una Buenos Aires que se le antojaba irremediabilmente gris porque no sabía indagar sus márgenes, populosos pero entonces encubiertos, la anciana china, rostro grabado por arrugas tenaces, manos huesudas aún ágiles, diligente todo el día tras la barra de un café de la avenida Corrientes entre San Martín y Reconquista, era una promesa de exotismo. Hoy, al viejo que fue ese adolescente se le ocurre imaginar que esa anciana podía ser la nieta del patrón, de algún oficiante en aquellos fumaderos.

Qué era ese café, intenta recordar. Exhuma de la memoria, sin duda enriquecida por lecturas y películas, un espacio sombrío, menos sucio que irremediabilmente gastado, impregnado por el olor del café quemado, por el de la leche demasiado hervida y mantenida en espera, la nata ya amarilleando en la superficie, invadido por las incesantes erupciones de vapor, silbidos y carraspeos de una arcaica máquina abollada cuyo café no aspiraba a competir con el espresso que por aquellos años ya ofrecían lustrosas importaciones italianas en locales atentos a otra clientela. ¿Quiénes podían aceptarlo? Transeúntes sin historia, empleados bancarios, oficinistas con prisa, nadie que eligiera permanecer allí más que el momento de un consumo rápido entre dos apremios.

Lo había descubierto al lado de otro espacio rico en exotismo: la librería alemana Goethe, amplia, luminosa, cuya vidriera exhibía libros prestigiados por la mera distancia de su origen, novedades que alternaban con clásicos, y entre estos nunca faltaban las luces judías de la cultura germana, Heine, algún filosemita como Lessing, muy lejos de otra librería, no hace mucho se enteró de su existencia, la Dürer de la calle Sarmiento, a escasos cien metros de distancia, que editaba desde 1947 *Der Weg. Monatsschrift für Freiheit und Ordnung in Staat, Politik, Wirtschaft, Recht und Kultur*, enviado por correo anónimo a algún insobornable del Tercer Reich que desde Austria lo hacía llegar a lectores por aquel entonces soterrados, confiados en un nuevo milenio que disipara la ilusión democrática.

(Los recuerdos se asocian vertiginosos, él nunca sabe adónde lo llevan, a menudo se deja ir, viaje sin itinerario ni meta, curioso ante el archivo de trivia que los años han acumulado en su memoria; otras se debate en medio de la corriente para volver a un punto de partida que se ha alejado hasta quedar apenas visible).

Dónde vivía la china, se pregunta, pero inmediatamente desecha cualquier posibilidad y se entrega a novelar. Duerme en el café, nunca sale de él, se despierta al alba y cierra al final de la tarde, ya extinguida la animación so-námbula de la jornada, ningún ave nocturna elegiría hacer escala en un reducto tan desangelado, sillas sobre las mesas, patas erguidas que diseñan un laberinto sepulcral. A esa hora la anciana se retrae a una trastienda cochambrosa, paredes leprosas, olor a pis de gato, que solo redime ¿qué? El adolescente envejecido pero infatigable propone: un paisaje del país perdido, impreso en los colores desteñidos de un almanaque. También: una máxima de Confucio enmarcada por varillas color lacre, dibujada en caracteres tradicionales que ella no sabe leer pero, confía, la protegen con una sabiduría distante. (¿Sabría ella que por esos mismos años el Gran Salto Adelante había proscrito en tierra de sus antepasados las enseñanzas de Confucio?). Múltiples son los caminos de la ficción.

Esas cuadras tan anónimas de Corrientes en su descenso hacia Alem guardaban para él otras invitaciones a novelar. En la última, breve pendiente, el hotel Yousten con sus imponentes bajorrelieves a ambos lados de la entrada; en la esquina final, el edificio de oficinas en cuyo último piso los ventanales de un restaurant, había leído, permitían en días despejados avistar la costa uruguaya.

Nunca había pisado el umbral del hotel, nunca había visitado el restaurant; esa omisión propiciaba puestas en escena imaginarias. En el bar del restaurant, estaba seguro, lo esperaban cocktails de nombre exótico y colores artificiales. Al hotel se veía llegando seguido por un equipaje numeroso, cubierto por esas etiquetas que, no podía saberlo, ya solo existían en bazares de nostalgia, paisajes sobre el nombre de un hotel europeo, del Train Bleu o del Orient Express. (Poco más tarde reconocería avergonzado que esa ficción ya era vetusta por aquellos años, residuo de unas matinés de cines de barrio cuyo programa triple

exhumaba films de décadas pretéritas; su imaginaria puesta en escena iba a ser corregida por otros escenarios, otros accesorios. Mochila y motel. Jack Kerouac había intervenido).

Porque ya entonces era un solitario que no hallaba amigos con quienes compartir su vida imaginaria, un *loner* que vivía entre libros para rescatar una parcela privada de la asfixiante convivencia familiar, porque en aquellos irre-dimibles años cincuenta no estaban al alcance de un adolescente porteño de clase media otras aventuras que las leídas, porque no lograban interesarle las banalmente públicas peripecias del negocio político y la ajetreada transformación social que le fueron contemporáneas, y solo los años, al hacer de él otra persona, le permitirían leerla como una multitudinaria representación de la que no supo ser público... Por todo esto y sin duda por mucho más, no concedía a sus padres un atisbo de misterio.

También: para comprender a esas personas tal vez equivocadas al unirse, y mantenidas en unión por no discernir la posibilidad de una vida respirable por separado, pasarían muchos años, el padre ya muerto, la madre en suave pendiente hacia la senilidad, antes de que sospechase, y finalmente entendiese, que esos individuos a los que estaba ligado por lazos impuestos, por una genealogía opaca, tan ajenos los sentía, habían sido, ambos, portadores de una novela propia, más bien de dos novelas incomunicadas, que no había sabido detectar el lector voraz, atropellado, enceguecido a los trece años por el descubrimiento de *La metamorfosis* de Kafka.

3

–No tengo «recuerdos». Tengo memoria, eso sí.

–Pero usted vivió en una ciudad que ya no existe. Conoció gente que son leyenda.

–¿Qué busca? ¿Anécdotas? A partir de cierto momento, entendí que me buscaban para que las cuente. Entonces decidí nunca más mencionar a esa gente que, para usted, «son leyenda». No quiero convertirme en un *name-dropper*. Solo escribo sobre individuos oscuros, gente cuyo nombre nadie recuerda. Los únicos que me interesan.

–Todo lo que recuerde es valioso para nosotros. De ese mundo desaparecido solo llegamos a ver las ruinas, si es que algo vimos...

–Descartes, añicos, retazos, desechos. Nada más. Solo para mí esos detritus tienen algún sentido. Créame, los que respiramos el aire de aquellos años, los que nos movimos en lo que un anatomista llamaría el tejido conectivo del Buenos Aires de entonces, no le vimos en su momento nada novelesco. Solo en la memoria puede aparecer un aura de ficción. Y solo nosotros podemos darle algún sentido a esos fragmentos.

–Pero quienes nacimos más tarde podemos unirlos. Como las piezas de un puzle. Podemos descubrirles un sentido, tal vez distinto del que tuvieron para usted.

–Y ese «sentido distinto» que usted dice... ¿para qué?, ¿a quién le puede interesar?

–A alguien que usted no conoce. A jóvenes que no puede siquiera imaginar.

–Kintsugi. ¿Oyó hablar del kintsugi?

–No.

–Es el arte japonés de llenar las fisuras de un objeto roto, porcelana por ejemplo, con una resina donde se ha diluido polvo de oro. En vez de disimular la grieta se la subraya con una sustancia luminosa, a veces de mayor valor que el objeto mismo. Así se vuelve noble el objeto: en vez de ocultar las cicatrices de su vida, las exhibe.

–¿No es lo que hace todo novelista con su propia vida?

–Es lo que intenta. Si lo logra es otro asunto.

–¿Y usted? Sus palabras admiten que lo ha intentado. ¿Cree haberlo logrado?

–Se ha hecho tarde. Se me acabó la cuerda y me estoy quedando sin respuestas. Veámonos otro día. Si es que le interesa...

4

Intenta detener, no sin esfuerzo, el aluvión de imágenes, de añicos y residuos del pasado que se asocian y agolpan en su memoria. Quiere hacer foco en un momento de su adolescencia, en un personaje.

Una noche de octubre, palpitando ya en el aire las primeras brisas de la primavera, se había aventurado al hoy demolido Union Bar, en la esquina de Balcarce e Independencia. Temía que su edad pudiera hacer que lo expulsaran de ese tugurio que prometía indefinidas aventuras, acaso solamente su atisbo, y tenía preparada una coartada, débil, poco convincente, de cuya eficacia dudaba. Voy a esperar a mis padres, que pasarán a buscarme por aquí al salir del teatro, había repetido varias veces antes de entrar, para poder decir esas palabras con soltura, sin balbucear, ante el primer rechazo.

Para su alivio, nadie pareció advertir su presencia. Se deslizó pegado a una pared hasta aproximarse a la tarima donde un bandoneonista se afanaba amorosamente sobre su fuelle, las solapas del gastado esmoquin no menos relucientes que el pelo rígido bajo la gomina; a su lado, una mujer, expresión cansada, maquillaje enfático, esperaba sentada el momento de acercarse al micrófono y entonar con voz inesperadamente fresca: «Yo de mi barrio era la piba más bonita / y en un colegio de monjas me eduqué».

No era ese modesto espectáculo lo que podía retener su atención, esperaba que más interesante fuese la concu-

rrencia, aunque al barrerla con la mirada no la halló a la altura del exotismo buscado, rostros anónimos, ropas indiferentes, alguna pareja mejor vestida, de sonrisa condescendiente, que parecía haber recalado allí en busca de emociones menos literarias que las imaginadas por él. En algún momento su inspección se cruzó con la mirada de un hombre sonriente, que parecía haberse divertido observándolo. Se sintió descubierto, y a pesar de la distancia que los separaba buscó en su memoria, como si lo interrogasen, la justificación ensayada antes de entrar, de pronto olvidada. Pasó a concentrarse en el músico y la cantante, ya no nostálgica sino dramática: «Hoy bailo el tango / soy milonguera / me llaman loca / y qué sé yo. / Soy flor de fango / una cualquiera / culpa del hombre / que me engañó». No advirtió que el hombre se había acercado hasta que, de pie detrás de él, habló.

—¿Te gusta el tango, pibe?

No supo qué contestar. El hombre no pareció molesto por su silencio y siguió hablando con la mirada fija en la cantante.

—Sos muy chico para conocerla, pero en los años treinta fue famosa. Cantó con Canaro hasta que la Falcón le hizo la vida imposible, lo obligó a desplazarla. Después dio muchos tumbos pero en los cuarenta volvió gracias a la amistad de la Señora, eran amigas de tiempos de la radio. La Señora nunca olvidó, ni lo malo ni lo bueno, y le dio una mano. Tuvo una segunda carrera hasta que la Libertadora la puso en una lista negra. Nunca se repuso. Ahí la ves. Conserva la voz pero no logra cantar fuera de pirindines como este. Mucha de la gente de edad que ves aquí viene por ella.

El hombre que fue aquel adolescente no logra recordar cómo reaccionó ante esas palabras amables que no cuestionaban su presencia en el bar y se dirigían a él como a un conocido. Recuerda, sí, que cuando el hombre le preguntó qué música le gustaba confesó, no sin timidez,

porque su respuesta, intuía, podía expulsarlo fuera del territorio que había elegido explorar, que seguía el *hit parade* norteamericano en el programa de Radio Mitre *Música en el aire*.

—Sí..., a los chicos de tu edad no les gusta el tango, no entienden la letra y la música los deja afuera. Pero no importa. El tango te espera. Va a llegar un momento de tu vida en que al escuchar un tango te vas a dar cuenta de que el tango cuenta todo lo que sentís. Todo lo que viviste.

Los aplausos vehementes que recibió la cantante confirmaron que había acudido a escucharla un público leal. Bajó de la tarima seguida por el bandoneonista; él se eclipsó, ella aceptó la invitación del hombre, sienes plateadas inmovilizadas con fijador, corbata rígida sobre pecho y abdomen, que parecía haber estado esperándola sin beber ante una mesa aislada en un rincón.

El debutante aceptó la invitación del desconocido. Del océano de trivía sube a la superficie el nombre de su gaseosa preferida: Indian Tonic. El hombre pronunció dos palabras, cuba libre, mezcla inocua de Coca-Cola y ron que para quien tenía vedado el alcohol pertenecía a la novela de la noche.

El investigador memorioso que la edad ha hecho de aquel adolescente se pregunta si solo la ignorancia alimentada por la censura ubicua de aquellos años puede explicar que un chico no intuyese algún peligro en esa situación. O si, por el contrario, el poder silencioso de todo aquello «de lo que no se habla» despertaba una curiosidad sin objeto definido, encendía reservas de intrepidez. Con los años no solo ha aprendido a descreer en la inocencia de la infancia, también admite que en la adolescencia suelen convivir, inextricables, torpeza y oportunismo.

El desconocido se presentó como Andrés. Impulsado por un afán de ficción, él mintió: dijo que se llamaba Víctor.